

# La identidad en los emigrantes indígenas en el área metropolitana de la Ciudad de México: el caso de una comunidad purhépecha

Antrop. Ma. del Rocío Durán de Alba  
DIRECCIÓN DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL-INAH

El objetivo de este proyecto se centra en el análisis de algunas manifestaciones de la identidad étnica en una comunidad de emigrantes purhépechas en el área metropolitana de la ciudad de México.

El estudio de los pueblos indios que habitaban nuestro país siempre ha sido uno de los temas centrales de la Antropología Mexicana desde su surgimiento. Sus aportaciones han contribuido a crear la imagen del indio en el imaginario social, el cual ha sido visto de distintas formas, muchas veces, contradictorias: existe una versión romántica donde ha sido idealizado al presentarlo como ejemplo a seguir por la armonía de su forma de vida y organización social. Asimismo, ha sido considerado un problema y un obstáculo para el desarrollo nacional, puesto que se ha creado una imagen del indio sumido en la miseria, sin esperanzas y sin futuro, encerrado en sus apartadas comunidades, viviendo del pasado y aferrados a sus tradiciones y costumbres.

Esta idea del indio pasivo encerrado en su comunidad ha perdido fuerza desde hace algunas décadas, debido a que también se ha visto envuelto en procesos económicos y sociales, nacionales e internacionales como la emigración. Han dejado su relativo aislamiento para formar parte del proceso de globalización, de este constante movimiento de mercancías y personas a lo largo y ancho de nuestro territorio y más allá de sus fronteras.

La emigración del campo a las ciudades es una de las problemáticas centrales de la antropología urbana. El traslado masivo de contingentes de campesinos a las ciudades en proceso de urbanización e industrialización es un fenómeno que



Escena familiar con el tío. Tras golpear el tronco, cubierto con una tela, recogen sus regalos con regocijo.

inicia en el siglo pasado en los países capitalistas en expansión.

Existen diversas posturas teóricas a partir de las cuales ha sido abordado el tema. Redfield, por ejemplo, ve la emigración como una desestructuración cultural que lleva, inevitablemente, al individualismo y a una pérdida de la identidad. Por el contrario,

Lewis, Buterwoth y Kemper demuestran una continuidad en la cultura de los emigrantes. Destacan el arraigo a la tierra de origen que se manifiesta en visitas periódicas y canalización de recursos para la comunidad, formas organizativas familiares y de ayuda mutua, así como la reproducción de prácticas y creencias religiosas que constituyen una forma eficaz de integración e identificación grupal.

Los primeros movimientos de pequeños grupos en algunas comunidades indígenas se dieron hace algunas décadas, con importantes acontecimientos sociales como la Revolución y la Guerra Cristera. Más tarde se evidenció el acercamiento por medio de las vías de comunicación, los cambios brutales introducidos a través de nuevas formas de explotación de la tierra y de los recursos naturales por parte de empresas ajenas a las comunidades; y, además, los problemas y enfrentamientos dentro de las mismas por cuestiones políticas y por el control de los recursos; el crecimiento demográfico; la introducción de programas gubernamentales de salud y educación; y la presencia de los medios masivos de comunicación, mediante los cuales se crearon nuevas necesidades de consumo, que llevaron a anhelar otra forma de vida; y por último, lo más importante: la atracción que ejerció el pujante desarrollo industrial y urbano, generado, en algunos puntos del



país, como la ciudad de México a partir de la década de los sesenta.

Durante este periodo, llegaron a la ciudad numerosos grupos de inmigrantes indígenas de distintas partes del país, lo cual ocasionó un verdadero problema social, ya que emigrantes mazahuas y otomís, provenientes de los Estados de México, Querétaro e Hidalgo, comenzaron a aparecer en las calles de la ciudad dedicándose a la venta ambulante. Principalmente eran mujeres y se las conocía como Marías; éstas se comparaban con la idea preexistente del indio, y eran consideradas como la representación del atraso y la pobreza que opacaba la brillante imagen de una moderna ciudad, por lo que, desde entonces, son víctimas de una fuerte represión. Este fue un caso que capturó la atención pública, ya que además de las actividades a las que se dedicaban, conservaban elementos visibles de su cultura como la vestimenta. Sin embargo, coexisten otros grupos de inmigrantes indígenas que por no manifestar elementos tan visibles, y por orientarse a otro tipo de actividades, no hacen tan obvia su presencia.

Según el XII Censo de Población y Vivienda del INEGI del año 2000, en el Distrito Federal hay 141,710 hablantes de 67 lenguas indígenas, siendo los más importantes, numéricamente, los siguientes: nahuatl con 37,457 hablantes; otomí con 17,083; mixteco con 15,968 hablantes y cuatro variantes; zapoteco con 14,117 y seis variantes; mazahua con 9,631; mazateco con 8,591; totonaca con 4,782; mixe con 3,463; chinanteco con 2,410; maya con 1,767 y purhépechas con 1,724.

Este artículo forma parte de un trabajo de tesis más amplio sobre la emigración al Área Metropolitana de la ciudad, de un considerable número de personas de la comunidad purhépecha de San Felipe de los Herreros Michoacán, poblado perteneciente al municipio de Charapan, ubicado en Meseta Tarasca. El trabajo de campo fue realizado de febrero de 1999 a febrero de 2000. Entre las técnicas de investigación empleadas, podemos mencionar la aplicación de una encuesta a una muestra representativa de 30 familias; entrevistas individuales con inmigrantes de ambos sexos y de distintas edades, así como de diversas ocupaciones y estratos sociales con el fin de obtener una visión más amplia del fenómeno de la emigra-

ción entre este grupo y de su adaptación al medio urbano; la observación directa de la vida cotidiana de algunas familias y grupos, de sus manifestaciones culturales, tales como las danzas, festividades religiosas y asambleas comunitarias en el Área Metropolitana y en la comunidad de origen; y el último paso para la elaboración de este trabajo fue la realización de las historias de vida de cuatro emigrantes varones de distintas edades, todo esto con el fin de comprender de una manera amplia y desde distintos puntos de vista las causas de la emigración de la comunidad de origen, las características de la inmigración a la ciudad y su forma de vida en el nuevo medio, así como también tratar de responder al cuestionamiento de qué es lo que sucede con su identi-



Los mercadillos estacionales son un paraíso para los amantes de la decoración navideña.

dad étnica en la ciudad. A continuación presento algunos de los resultados de esta investigación.

La emigración en esta comunidad comienza en la década de los cuarenta. El poblado está ubicado a unos kilómetros del volcán Parícutín que hizo erupción en 1943. En él, muchos terrenos de cultivo fueron afectados con las cenizas y esto perjudicó a la agricultura y a la ganadería por falta de pastura. A raíz de este incidente, se puso en marcha en la comunidad el Programa Bracero y salieron los primeros emigrantes a los Estados Unidos. Durante este periodo, debido a la Segunda Guerra Mundial se necesitaba mano de obra para las labores agrícolas en aquel país; además, los purhépechas fueron de los primeros beneficiados con este programa, ya que Lázaro Cárdenas fue uno de sus principales promotores. Posteriormente, cuando cesan las contrataciones, la población inmigrante tiene que dirigirse a otras zonas al interior del país o seguir yendo a los Estados Unidos, pero en calidad de indocumentados.

Otros factores que favorecieron la expulsión de la comunidad son el acaparamiento de tierras y el jornalero; los conflictos con otras



comunidades por los linderos, los cuales llevaron, incluso, a violentos enfrentamientos; la instalación de una empresa forestal por un concesionario privado y el agotamiento de los recursos forestales por la explotación desmedida; la presencia de escuelas que provocaron que algunos jóvenes quisieran salir para prepararse más; la reciente construcción de carreteras y las maravillosas historias que cuentan los que han salido del pueblo. Todo ello ha traído como consecuencia la emigración masiva en la comunidad a distintas ciudades del país y fuera de sus fronteras. Asimismo, hay gente de la comunidad en Uruapan, Guadalajara, Tijuana, y Estados Unidos.

Actualmente, en el área metropolitana de la ciudad existen, aproximadamente, 150 familias



El primer Santa Claus diseñado para Coca-Cola fue pintado en 1931. Este otro anuncio es de la campaña de 1937.

de la comunidad repartidas en tres zonas de acuerdo a la forma de organización: en la Villa, que comprende las colonias Martín Carrera, la Villa y el Centro; San Agustín que comprende municipios conurbados como Ecatepec, y la zona del Pedregal que incluye otros municipios como Tlalnepantla, Naucalpan y Atizapan. La comunidad está dispersa en estas colonias y municipios en la zona norte de la ciudad, y en cada zona se concentran por grupos familiares. Hay familias completas radicando en la ciudad, ya que como es común a otros grupos de inmigrantes indígenas, los que emigran primero traen a sus familiares y les dan hospedaje mientras logran conseguir empleo y ubicarse en la ciudad. Se dedican a diversas actividades, entre las que destacan la fabricación de cinturones y de mochilas por el número de personas que las llevan a cabo: casi siempre son familias completas en talleres dentro de la vivienda, donde vemos la doble función de la vivienda y el papel de la familia como unidad de producción. Estos oficios los aprendieron en la ciudad y los fueron enseñando unos a otros, lo que nos habla de una especialización, característica observada por otros autores

entre grupos de emigrantes (Lomnitz, 1997; Millán, 1992). Hay también obreros, empleados federales, comerciantes y profesionistas. En este grupo no encontramos casos de mendicidad ni de venta ambulante.

Tienen una Mesa Directiva formada hace diez años, organizada para la compra de municiones por los conflictos de linderos con otra comunidad, así como para hacer colectas con el fin de ayudar a las viudas de estos enfrentamientos. La mesa directiva esta compuesta de un Presidente, un Secretario y un Tesorero, propuestos en asamblea y electos por medio de una votación. La asamblea está compuesta sólo por varones jefes de familia. Fungen como sus representantes ante el pueblo, y también hay uno o dos representantes

o comisionados por cada zona. Realizan asambleas cada mes donde discuten diversos temas como son la ayuda al pueblo para la construcción de obras para el bien común tales como el pozo profundo, la iglesia y la escuela. Asimismo, discuten los conflictos con otras comunidades, y toman decisiones que afectan a la comunidad aunque ellos ya no estén allí. En la ciudad, tratan diversos temas como el de la comunidad emigrante, realizan colectas para ayudar a los

miembros enfermos o necesitados del grupo y organizan dos peregrinaciones.

Una de ellas, desde hace cinco años, se dirige a su pueblo. Se lleva a cabo en octubre y es en honor al Señor de los Milagros. Asimismo, están construyendo un templo llamado Centro Cultural Purhépecha con la cooperación, por medio de asignaciones y limosnas que da todas las familias del pueblo, incluyendo a los emigrantes que están en distintas partes del país y en los Estados Unidos. El culto a esta imagen es reciente, y es un elemento que está forzando y refuncionalizando la identidad purhépecha de los emigrantes y de la comunidad, ya que esta imagen es originaria de la región, con mayor precisión de San Juan Nuevo, y su devoción ha sido adoptada, recientemente, en otras comunidades de la sierra, porque se le puede relacionar con momentos de crisis y grandes coyunturas, como la destrucción del antiguo pueblo de San Juan por el volcán Paricutín y la construcción de un nuevo pueblo, y en nuestro caso, la desintegración de la comunidad por la emigración y el vínculo que los vuelve a unir que es la organización y cooperación surgida alrededor de la imagen.



Otra de las peregrinaciones se realiza en diciembre, desde hace 10 años, a la Basílica de Guadalupe, a la que invitan otras comunidades de emigrantes purhépechas. En esta ocasión hay un carguero que tiene la obligación de cuidar de una imagen de la Virgen durante un año, el cual tiene que comprar flores y veladoras. Aunque se le llama carguero no adquiere las obligaciones de éste como en las festividades del pueblo, ya que los gastos de la misa, la banda y la comida corren a cargo de la comunidad emigrante entera que paga una cuota, que es como la asignación que pagan en las fiestas del pueblo. El culto a la Virgen de Guadalupe y la creación de este cargo son nuevos elementos que

incorporan a su identidad y que se relaciona con su integración a la ciudad o sociedad nacional de la que ahora forman parte. Como menciona Bravo Marentes, la redefinición de formas organizativas dirigidas a aspectos religiosos y festivos cobra gran importancia al generar un espacio propicio para la actualización de la memoria colectiva de la cual se nutre su identidad.

La forma como se organizan en la ciudad tiene similitud con la forma de organización tradicional de la comunidad de origen: en la ciudad se organizan territorialmente por zonas con sus representantes, como en el pueblo por barrios; las autoridades son nombradas mediante asambleas, y más que ser cargos de prestigio representen un servicio a la comunidad. Se han retomado parcialmente la forma de organización de las fiestas con el nombramiento de cargueros y la realización de colectas para una caja común que se emplea en caso de necesidad de algún miembro de la comunidad.

Aunque ya son muy pocos los que hablan la lengua, una forma como conservan y reproducen sus tradiciones es mediante dos grupos de danzas tradicionales de la región que han organizado en la ciudad. Ejecutan la danza de los cherekis o viejitos en sus fiestas y reuniones al igual que en las peregrinaciones, y en eventos culturales para los que son contratados.



Durante el pontificado de Liberio, en el siglo IV, se adoptó el 25 de diciembre como natalicio de Jesús.

todo el ritual que consiste en visitas a parientes y compadres, bailes e intercambio de bienes. De este modo, se involucran con las tradiciones.

Según Bravo Marentes, muchos contingentes indios han hecho de la ciudad su lugar de residencia permanente, logrando construir una nueva cultura urbana con base en su identidad cultural, alcanzando, en algunos casos, un nivel de conciencia sobre su situación como grupo que los lleva a manifestar su identidad. Plantea que los grupos indios en la ciudad expresan y viven de manera diferente su identidad en función del tipo de relaciones sociales que establecen en el medio urbano. Ejemplifica formas que presentan su identidad en la ciudad, ante sus habitantes e instituciones, a partir de las relaciones que establecen con el medio urbano, su condición socio-económica y la vigencia de su cultura. Contempla, definitivamente, varios tipos de identidad: desde la negada, hasta la tradicional.

Asimismo, define la identidad étnica como la expresión manifiesta de pertenencia a un grupo que comparte una lógica común de pensamiento a partir del cual se explica su relación con los otros y con ellos mismos. La etnicidad o identidad étnica implica hacer consciente el proyecto de vida que se pretende como grupo.

Para distinguir los distintos tipos de identidad toma en cuenta



La iluminación eléctrica del árbol mantiene el mismo simbolismo que tuvieron las velas de antaño.



los niveles de integración que presentan los miembros del grupo con otros residentes del mismo grupo y con los que permanecen en el lugar de origen. Para él la identidad representa una práctica social concreta de la población india y tiene que ver en forma directa con las expectativas que la ciudad le ofrece al indio.

Siguiendo este esquema, la identidad del grupo estudiado es la parroquial, que se expresa más hacia el interior del grupo que hacia la ciudad y se refiere a la localidad de la que provienen. El lugar de origen sirve de referencia para la identificación y diferenciación frente a otros grupos indios de la misma lengua. Este tipo de identidad ha logrado generar un buen número de asociaciones voluntarias que de una u otra forma reivindican la identidad indígena y parroquial, así canalizan recursos económicos y políticos a sus comunidades, revitalizando su cultura étnica.

De acuerdo con Margarita Nolasco, el nuevo medio no apoya su identidad, pero el vecindaje con sus paisanos y el compromiso con el lugar de origen los llevan a desarrollar otras formas de identidad con bases distintas. En su nueva situación, la relación con la comunidad de origen es lo único firme y a partir de eso reconstruyen su identidad. Así surgen nuevas formas de identidad relacionadas con la migración. La identidad no es estática: al emigrar pierden referentes de ésta, rompen con su base territorial las tradiciones y sus formas de organización social, por lo que crean nuevas formas de organización como las asociaciones. La importancia de la identidad de los grupos que emigran se da en cuanto ponen a discusión otros hechos como la incorporación de su fuerza laboral al mercado nacional y los aportes de retorno que alteran el mercado de bienes interno. Asimismo, se altera el equilibrio político local al dar poder a los del exterior, existiendo una nueva identidad étnica para los emigrados que refuerza y moderniza la de su localidad.

Por otro lado, aunque están insertos en la vida de la ciudad de México, siguen considerándose miembros de la comunidad de origen, como puede verse en las aportaciones económicas que realizan regularmente a sus familiares y a las obras públicas. También, su participación en la organización de las fiestas y en la toma de decisiones sobre problemas que atañen a la comunidad. Si hubieran perdido el sentido de identidad purhépecha habrían roto sus ligaduras con su comunidad de origen, su cultura y sus tradiciones. Esto también se aprecia en el hecho de que han refuncionalizado ciertas instituciones y costumbres, adaptando las origi-

narias de su pueblo a las nuevas condiciones de la vida moderna en la ciudad, por lo que podemos concluir que no han perdido su identidad, la cual se ha modificado, se ha refuncionalizado y permanecido en su variación.

Como podemos ver, los indígenas han dejado sus comunidades ante la falta de oportunidades y porque no tienen otra opción para sobrevivir. Para ellos, la emigración ha sido un mecanismo de supervivencia y de reproducción económica, social y cultural. El proceso globalizador del que ahora forman parte, ha debilitado su identidad étnica pero no la ha destruido. Como hemos podido ver en los últimos diez años, alrededor del mundo se han dado movimientos de reivindicación de las identidades regionales. Definitivamente, la identidad y la cultura se adaptan, cambian, están en constante transformación, algunos elementos se abandonan, otros se incorporan y permanecen los que son de vital importancia para su identidad como grupo.

#### OBRAS CONSULTADAS

ARIZPE, Lourdes, *Indígenas en la ciudad de México; el caso de las Marias*, Sepsetentas, México, 1975.

BRAVO MARENTES, Carlos, *Indígenas migrantes en la ciudad de México*, INI, México, 1992.

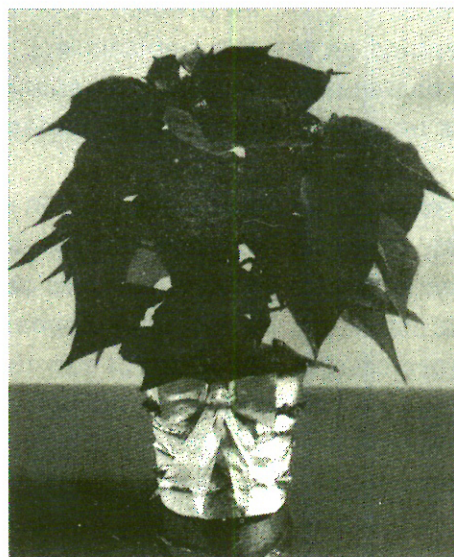
—————"Reelaboración de identidades indígenas en la ciudad de México", en *Antropología y ciudad*, Raúl Nieto, comp., CIESAS-UAM, México, 1993.

INEGI, *Tabulados Básicos XII Censo General de Población y vivienda 2000*, p. 273.

LOMNITZ, Larissa, *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México, 1997.

MILLÁN, Saúl, *Migración indígena y economía informal*, INI, México, 1992.

NOLASCO, Margarita, "Migración indígena y etnicidad", en *Antropología*, No. 31, Julio-Septiembre 1990.



La flor de pascua, añade a su belleza natural el simbolismo de los colores verde y rojo.